

30 – Amor

Posted on January 01, 1970 by Néstor Martínez

1 Corintios 13: 4-7 = El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, más se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta. Poco para añadir, todo a la vista. Incluso con la versión NTV: El amor es paciente y bondadoso. El amor no es celoso ni fanfarrón ni orgulloso ni ofensivo. No exige que las cosas se hagan a su manera. No se irrita ni lleva un registro de las ofensas recibidas. No se alegra de la injusticia sino que se alegra cuando la verdad triunfa. El amor nunca se da por vencido, jamás pierde la fe, siempre tiene esperanzas y se mantiene firme en toda circunstancia. El amor es una de esas palabras que todos usamos, pero que pocos nos detenemos a explorar con la profundidad que merece. Se pronuncia con facilidad, se escribe en canciones, se promete en relaciones y se invoca en discursos, pero su esencia real —esa que atraviesa la vida, la sostiene y la transforma— suele quedar diluida entre emociones pasajeras y expectativas humanas. Hablar del amor desde una perspectiva espiritual, con raíz bíblica, pero sin caer en lo meramente religioso, implica ir más allá de la superficie: implica comprenderlo como una fuerza viva, una ley interior y un principio activo del Reino de Dios que se manifiesta en lo cotidiano. En su sentido más profundo, el amor no es una emoción, aunque la incluya. **Es una decisión sostenida en el tiempo.** Es una forma de mirar al otro, al mundo y a uno mismo. En los textos bíblicos, el amor no aparece como una sugerencia opcional, sino como el eje central de toda la vida espiritual. No es un accesorio moral; es el fundamento mismo de la existencia con sentido. Cuando se habla del Reino de Dios, no se describe un territorio geográfico ni una estructura política, sino una realidad espiritual donde el amor es la ley principal. Y esto tiene implicancias muy concretas. Porque si el amor es ley, entonces no depende del estado de ánimo. No ama más quien "siente más", sino quien decide amar incluso cuando no es fácil. Esto rompe con muchas ideas modernas que reducen el amor a compatibilidad emocional o satisfacción personal. El amor verdadero, el que transforma, no se basa en lo que el otro me da, sino en lo que yo soy capaz de dar sin perder mi integridad. Ahora bien, hablar de amor de esta manera puede sonar elevado, incluso idealista. Pero aquí es donde entra el desafío práctico: ¿Cómo se vive esto en la realidad diaria? Porque no sirve un amor que solo funciona en discursos bonitos o en momentos de calma. **El verdadero valor del amor se prueba en lo cotidiano:** en el trato con quienes piensan distinto, en la paciencia frente a la frustración, en la capacidad de perdonar, en la honestidad cuando sería más fácil mentir, en la coherencia cuando nadie está mirando. Un recurso práctico fundamental es entender que el amor no siempre coincide con la complacencia. Amar no es decir que sí a todo. A veces amar implica poner límites, decir una verdad incómoda o incluso tomar distancia. Pero la diferencia está en la motivación: el amor no busca herir, busca construir, aun cuando eso implique incomodidad.

Es como ese amigo que te dice lo que nadie más se anima a decirte, no para lastimarte, sino porque le importas de verdad. Desde una mirada social, el amor tiene un impacto directo en la calidad de nuestras comunidades. Una sociedad donde el amor se reduce a lo romántico o a lo utilitario se vuelve frágil, competitiva y desconectada. En cambio, cuando el amor se entiende como respeto activo, responsabilidad mutua y búsqueda del bien común, se generan vínculos más sanos y estructuras más justas. No es casual que muchas crisis sociales tengan en su raíz una falta de amor expresada en indiferencia, egoísmo o deshumanización. Pero tampoco se trata de romantizar al ser humano. La realidad es que amar de esta manera no es fácil. Requiere trabajo interior. Requiere reconocer nuestras propias limitaciones, nuestras heridas, nuestros prejuicios. Requiere, en cierto sentido, una transformación continua. Y aquí es

donde el enfoque espiritual cobra relevancia: el amor no se fabrica solo con voluntad humana. Se cultiva en conexión con una fuente mayor. Desde la perspectiva del evangelio del Reino de Dios, el amor nace de una relación viva con Dios, no como una figura distante, sino como una presencia que guía, corrige y fortalece. No es un concepto abstracto, sino una experiencia que se traduce en acciones concretas. Amar al prójimo como a uno mismo no es una frase bonita; es un estándar exigente que nos confronta con nuestras incoherencias. Y hablando de incoherencias, un poco de humor sano nunca viene mal. Porque si somos honestos, todos hemos tenido esos momentos en los que hablamos de amor y cinco minutos después estamos discutiendo por algo trivial. Es como si el amor tuviera señal débil en ciertas zonas del corazón humano. A veces parece que funciona perfecto en teoría, pero en la práctica... "intente nuevamente más tarde". Y sin embargo, ahí está el desafío: no rendirse en el intento. Un ejercicio práctico interesante es revisar nuestras reacciones automáticas. ¿Cómo respondemos cuando alguien nos contradice? ¿Qué hacemos cuando nos sentimos ignorados? ¿Cómo tratamos a quienes no pueden ofrecernos nada a cambio? Estas pequeñas situaciones cotidianas son el laboratorio real del amor. No hace falta esperar grandes gestos heroicos; **el amor se construye en lo pequeño, en lo repetido, en lo aparentemente insignificante**. Otro aspecto clave es el amor propio, que muchas veces se malinterpreta. No se trata de egoísmo ni de autoindulgencia, sino de reconocer el valor que uno tiene como ser creado. Una persona que no se valora difícilmente pueda amar de manera saludable, porque buscará en los demás lo que no encuentra en sí misma. El amor propio equilibrado permite dar sin vaciarse y recibir sin depender. Desde una mirada ideológica objetiva, el amor trasciende sistemas políticos y corrientes de pensamiento. Ninguna ideología tiene el monopolio del amor, pero todas pueden beneficiarse de su práctica. El amor no anula la justicia, la potencia. No elimina el conflicto, pero cambia la forma de abordarlo. No es ingenuo; es profundamente transformador. También es importante aclarar que el amor no siempre produce resultados inmediatos. Vivimos en una cultura de lo instantáneo, donde esperamos respuestas rápidas. Pero el amor trabaja en tiempos más largos. Es como sembrar: uno no ve el fruto de inmediato, pero eso no significa que no esté creciendo. **La paciencia es parte esencial del amor**. Y aquí aparece otro elemento fundamental: el perdón. No como olvido ingenuo ni como justificación del daño, sino como una decisión de no quedar atrapado en el resentimiento. El perdón libera, primero a quien perdona. Es una forma de amor que corta cadenas invisibles. No siempre es fácil, y a veces es un proceso largo, pero es indispensable para una vida interior sana. En términos más amplios, el amor es también una forma de resistencia. En un mundo donde muchas veces predomina la indiferencia o la violencia, elegir amar es un acto contracultural. Es ir en contra de la corriente. Es afirmar que el otro no es un objeto ni un enemigo, sino un ser humano con dignidad. Esto no significa negar la realidad ni ignorar las injusticias, sino enfrentarlas desde una base diferente. El amor, entendido así, no es débil. Es firme. No es ingenuo. Es consciente. No es pasivo. Es activo. Y sobre todo, es coherente. Porque no alcanza con decir "amor" si las acciones van en sentido contrario. La credibilidad del amor se construye con hechos. Finalmente, hablar del amor como respaldo para la humanidad no es una exageración. Si hay algo que puede sostenernos en medio de las crisis personales y colectivas, es el amor en su sentido más pleno. No como un ideal inalcanzable, sino como una práctica diaria, imperfecta pero real. Un amor que aprende, que se corrige, que se levanta después de fallar. Quizás la clave esté en entender que el amor no es un destino al que se llega, sino un camino que se recorre. Un camino que a veces cansa, que a veces confunde, pero que siempre vale la pena. Porque en ese recorrido no solo cambiamos nuestro entorno, sino que también somos transformados. Y si en algún momento parece que el amor no alcanza, tal vez no sea porque el amor sea insuficiente, sino porque todavía estamos aprendiendo a vivirlo en toda su profundidad. Ahí está el desafío y también la esperanza.

Posted in: Blog, Sin Categoría | | With 0 comments
